

Más allá de la violencia



Kenshinkan dôjô 2015

La situación era comprometida -algo con lo que contaba al comenzar a trabajar con ellos- pero la experiencia de llevar a cabo el Proyecto y salir airoso de él seguía siendo esperanzadora. Durante años había enseñado en el mejor de los contextos: alumnos educados, un dōjō cálido, libros y palabras de altura, pero ésta, que ahora se presentaba, era una ocasión más que delicada, adversa y compleja.

No obstante, también pretendía hacer de ella un auténtico laboratorio, para entender más y mejor el contenido de nuestro trabajo y, más allá de ello, nuestro propio contenido.

El grupo con el que trabajaría era numeroso. Estaba formado por veinte personas, hombres y mujeres provenientes de todos los estratos sociales.

Había universitarios, incapacitados para la socialización por razones de diferente naturaleza; padres de familia, incontentos ante la adversidad, que habían retrocedido en sus responsabilidades, abandonando el presente de sus propios hijos, optando por la incertidumbre que ellos mismos vivían: una realidad que les unía sin piedad al consumo de drogas de cualquier espectro; jóvenes de buenas familias, acorralados por la abundancia, débiles de carácter, que habían optado por una salida fácil, ante el reto que era labrarse un futuro digno siendo firmes en el propósito de sus estudios; finalmente, estaban aquellos otros que parecían ya estigmatizados desde el momento mismo de nacer, aquellos que, procediendo de la marginalidad, habían fortalecido sus diferencias, alejándose del entorno ordenado, de la ciudadanía organizada, de los horarios estipulados, de la educación social, de las formas y modos de convivencia al uso.

Todos ellos sabían bien qué era la privación de libertad, los juicios, los arrestos, los interrogatorios, el presidio, los delitos de sangre, el tráfico de drogas, los atracos, la intimidación, etc. Sus vidas eran, a todas luces, un caldo de cultivo para que la violencia, en cualquiera de sus formas, se manifestara, expresándose no sólo en los actos que protagonizaban, también en sus palabras, gestos, miradas o en su sólo estar.

Al presentar el propósito de mis clases, quise dirigir mi introducción hacia el controvertido tema de la violencia, sabiendo a qué me enfrentaría si destapaba esa caja de pandora, los argumentos que se iban a verter en aquella primera toma de contacto, las posiciones que íbamos a tomar cada uno de los participantes -incluidos los terapeutas, que les acompañaban- y el lugar que ocuparíamos a partir de aquel momento en el juicio y en la consideración de quienes estaban allí presentes y conformarían el grupo de estudio.

Todos, sin excepción, concluimos que la violencia engendra más violencia, que los puños cerrados se encuentran con otros puños también cerrados, que las palabras afiladas se cruzan, inexorablemente, con otras semejantes, que las miradas agresivas son respondidas de igual forma. Por el contrario, acordamos, que la ausencia de

violencia genera situaciones no violentas, que una mente tranquila y equilibrada puede ser una posibilidad para encontrar lo similar, que las manos abiertas y tendidas son recibidas abiertamente, que las miradas limpias abren puertas inexpugnables.

Yo, alejado hasta entonces de aquel mundo adverso, violento y pesado con el que me encontraba circunstancialmente, dejé que cada uno de mis futuros alumnos expresara su parecer y mi sorpresa fue mayúscula cuando todos, uno tras otro, después de usar con ellos la pedagogía, después del respeto sostenido y compartido, de ofrecer la palabra y aceptar los tiempos que a todos les correspondían, me convertiría en espectador de lujo de la propia violencia, pues era ella misma, en la voz y en la forma de todos y cada uno de aquellos hombres y mujeres quien me hablaba.

Y lo hacía, en efecto, para recordarme que sólo una mente carente de violencia puede servir de llave para encontrar la Paz -aunque esto, es evidente, tiene sus excepciones, muy a nuestro pesar.

Sí. La violencia es el último lenguaje, el más elemental, primario, deplorable y abyecto.

Después de dos años de trabajo en aquel Proyecto Social (en el que se incluyeron por primera vez las Artes Marciales) pude constatar en mí un punto de inflexión, pues asumía firmemente que en el contexto de estas problemáticas sociales el trabajo con Karate o Aikido como apoyo a las terapias dirigidas por los profesionales dedicados a ello (psicólogos, terapeutas ocupacionales, médicos, etc.) puede aportar factores positivos al resultado final deseado: el restablecimiento de la convivencia social de estas personas.

Desde la perspectiva del Budô, también hemos considerado esta variable que es la violencia. Erróneamente se interpreta que algunas formas de Budô son, por principio, no-violentas, pacíficas o simbióticas, mientras que otras están más cerca de ella, por ser contundentes, determinantes o prácticas.

El Budô no es un elemento tangible y, por tanto, no tiene consistencia propia y específica. Nuestro Arte es una posibilidad de expresar el intelecto, las emociones y el cuerpo, es decir, la manifestación de una personalidad. Entendido esto, entenderemos, también, que no existen estilos sino Sensibilidades. Si asumimos esta verdad, comprenderemos que la violencia no es exclusiva de los métodos, sino que vive en el interior de las personas que se expresan a través de ellos.

Más allá de este concepto no-violento que apunto, quisiera anotar y compartir estas otras inquietudes, que pueden encerrar algunas dosis de violencia y que bien podríamos -y deberíamos- combatir desde nuestra óptica de budokas, aprovechando esas plataformas que son los dôjôs: unos lugares que pretenden la Educación, los Valores, la No-violencia y la Paz.

Preguntaría:

¿Acaso no encierran violencia la competitividad exacerbada; las diferenciaciones que sostienen unas gradaciones menores; la autoridad no razonada ni explicada; la defensa a ultranza de escuelas y estilos, capaz de despreciar la pluralidad de ideas y sensibilidades; la extremada organización de un keikô; la motivación del logro inmediato; la dedicación exhaustiva que pretende una conquista ilusoria; dar pábulo y notoriedad a las palabras menores en detrimento de aquellas otras, que quieren hablar y expresar lo hondo, profundo y humano; el culto, sólo, del cuerpo, en perjuicio del espíritu...?

A diferencia del Amor, la violencia es miedo e ignorancia. Nada mejor para erradicarla del Budô que profundizar y abundar en la Educación, llenar los dôjôs con contenidos de Cultura –Libros, Historia, Filosofía; Valores –Sensibilidad, Humanismo, Carácter, Voluntad; Palabra -Diálogo, Conversación, Análisis.

En mi opinión será así como podremos aportar No-violencia a nuestro entorno, utilizando para ello este vehículo que hemos elegido: la práctica y la enseñanza de las Artes Marciales.